

contra él se tramaba. ¿Existían, además de estas hostilidades de carácter personal, algunas razones políticas importantes que hacer valer para separarle de la gobernación del Estado?

No faltaron posteriormente acusaciones de esta índole contra él. Culpósele del resultado no muy satisfactorio de la guerra francesa y de la poca consideración con que Brandeburgo había sido tratado en el congreso de Ryswick, aun por sus mismos aliados, pues se decía que toda su política se había encaminado á obtener la alianza del rey Guillermo de Inglaterra y que precisamente éste era el que peor se había portado con los brandeburgueses con ocasión de aquel congreso, etc., etc.; inculpaciones que á todo el mundo causaron el efecto de excusas inventadas *á posteriori* para atenuar un procedimiento violento motivado por otras causas. En la cuestión de la elección de Polonia tampoco había conseguido la política brandeburguesa el fin que se había propuesto, pues Danckelmann había apoyado con empeño decidido la candidatura del margrave Luis Guillermo de Baden y su intento había fracasado; pero apenas puede admitirse que el descontento por el éxito desgraciado de este proyecto fuera bastante grande para influir esencialmente en la caída del ministro (1).

Posteriormente también se ha echado en cara á Danckelmann el mal estado de la hacienda del electorado y aun algunos abusos en la administración económica arraigados. Ninguna prueba firme existe de la cual pueda deducirse en contra de él alguna infidelidad cometida con el objeto de enriquecerse, y en cuanto al desorden y á la mala gestión administrativa, falta saber hasta qué punto puede este ser un cargo personal y exclusivo contra el ministro. En cambio, sabido es que se acababan de pasar nueve años de guerra, y ¿en qué estado debió quedar la hacienda después de este período de lucha? Las potencias aliadas, España y Holanda, Inglaterra y el emperador debían á Brandeburgo grandes sumas en concepto de subsidios atrasados, y á pesar de todas las excitaciones y apremios no los hacían efectivos: la falta de estos ingresos se dejaba sentir en alto grado, pero ¿cabe atribuir la culpa exclusivamente á Danckelmann? ¿Por ventura estas quejas sobre subsidios pagados con poca puntualidad ó no pagados no se han producido con ocasión de las guerras de todos los tiempos?

A la verdad, la justificación de las acusaciones contra el ministro lanzadas sólo puede limitarse á un círculo muy reducido, y por muy fundadas que fueran no guardó ni con mucho proporción con ellas la dureza del procedimiento contra él seguido. Las enemistades personales y las intrigas fueron las que inclinaron la balanza; pero bien se dejó sentir el peso de unas y otras. No hemos de detallar aquí cómo las instigaciones cortesanas y la influencia sorda, pero eficaz de la electora supieron apoderarse poco á poco del ánimo de Federico III, debiendo agregarse á todo esto las disidencias que surgieron con motivo de la educación del príncipe heredero, Federico Guillermo, asunto en el cual, según parece, no le faltaba razón á Danckelmann. El elector sostuvo ruda lucha consigo mismo, pero al fin sucumbió, y Danckelmann, á quien este cambio de su soberano no pasó inadvertido, presentó repetidas veces su dimisión.

Por fin sobrevino la catástrofe. El día 4 de diciembre de 1697 el feldmariscal Barfus, uno de sus más encarnizados enemigos, llevóle por encargo del elector el decreto en que,

(1) Schulte: *El margrave Luis Guillermo de Baden*, tomo I, página 477; véase más arriba, pág. 311: el referido autor exagera cuando atribuye al fracaso de la candidatura badense al trono de Polonia una influencia decisiva en la caída de Danckelmann.

en forma indulgente, se le separaba del cargo de presidente supremo, se le señalaba una pensión respetable y se le mantenía en la presidencia del gobierno de Cléveris. Pero esto no fué más que el comienzo, pues en cuanto vieron abierta la brecha todos sus enemigos se lanzaron al asalto general, consiguiendo que el elector negase á Danckelmann la audiencia de despedida que había solicitado, á pretexto de que «su demasiada sensibilidad» no podía resolverse á celebrar aquella entrevista, á pesar de lo cual le reiteraba la seguridad de que seguía siendo su bondadoso soberano. Ocho días después las cosas habían ido tan allá que Danckelmann recibió la intimación de salir de Berlín y dirigirse á Neustadt.

No contentos con esto, sus enemigos apelaron á toda suerte de calumnias y de instigaciones cerca del elector para consumir la ruina del ex-ministro, diciendo que no podía dejarse en libertad á un hombre que poseía todos los secretos de Estado y que quizás huiría al extranjero y desde allí trabajaría contra Brandeburgo. Las acusaciones fueron haciéndose cada vez más atrevidas, y por fin el día 20 de diciembre el desdichado Danckelmann fué preso y conducido á Spandan y á poco encerrado en la fortaleza de Peitz, donde sufrió dura cárcel mientras se nombraba una comisión investigadora y se formaba un proceso en toda forma.

Dejando á un lado los detalles de este procedimiento, diremos que muy pronto se demostró que los jueces habían de declararse imposibilitados de dictar una sentencia condenatoria, si esta había de fundarse solamente en los materiales aportados á la causa. A pesar de ello, Federico III no desistió de la persecución. Así son todos los caracteres débiles y flexibles: cuando se resuelven á ser violentos y severos son incapaces de sujetarse á la moderación y á la justicia y se vuelven todo lo contrario de lo que antes eran. Federico endureció premeditadamente su corazón hasta que brotó en él la más implacable enemistad contra el mejor amigo que había tenido; y aun cuando en justicia no podía condenarse al acusado, quiso que se consumara el castigo por él decretado. Danckelmann permaneció, por consiguiente, en Peitz sufriendo dura prisión y sus bienes fueron confiscados. Solo cinco años después (1702) dulcificóse un tanto su encierro, permitiéndosele andar libremente por media milla á la redonda de aquella fortaleza; y al cabo de otros cinco años (1707), cuando había ya muerto la implacable enemiga de aquel hombre, Sofía Carlota, Federico, con ocasión del nacimiento de su primer nieto, otorgó al tan infamemente tratado Danckelmann una limitada amnistía, concediéndole una pequeña pensión anual que se sacaba de sus propios bienes confiscados y permitiéndole residir en Cottbus. El viejo preceptor no pudo acercarse jamás á su antiguo discípulo: aquellos dos hombres no volvieron á verse; no hubo entre ellos reconciliación. Quiso que Danckelmann renunciara formalmente á los bienes que le habían sido confiscados, reconociendo con ello la justicia del procedimiento violento contra él seguido, pero negóse constantemente á ceder á tal exigencia mientras su inocencia no fuese declarada de una manera pública y solemne. Danckelmann sobrevivió á su desagradecido soberano. Uno de los primeros actos del reinado de Federico Guillermo I (1713) fué llamar á su lado al proscrito y darle por lo menos alguna satisfacción por la injusticia con él cometida, pero ni se revisó su proceso, ni se le devolvieron sus bienes. Anciano, casi decrepito, pero con el consuelo de ver que le había sido restituida la honra, falleció Danckelmann en Berlín en 1722.

La brusca caída de este ministro causó impresión profunda en todo el Imperio y en el extranjero, y fué creencia general que sobre aquel pesaba alguna culpa gravísima; pero por los datos que hoy conocemos no puede absolverse á Fe-

derico III de la acusación de odiosa ingratitud y debilidad de carácter que se convirtió en brutal dureza.

La caída de Danckelmann no llevó consigo ningún cambio esencial en la dirección de la política general é internacional, pues que la tendencia iniciada por el gran Elector fué mantenida en toda su integridad; pero por lo que toca al régi-

men interior del Estado, siguióse á aquella caída un período infausto, durante el cual prevalecieron el favoritismo y el cortesismo más sin conciencia, período que en la historia especial de Prusia se designa con el nombre de Kolbe de Wartemberg, sucesor de Danckelmann en el favor del príncipe. Fué aquel un episodio poco glorioso en el que la debilidad



El ministro de Estado conde Kolbe de Wartemberg
Facsimile reducido de un grabado de Juan Jorge Wolffgang (1664-1748)

de la dirección monárquica hizo que se desencadenaran cada día con más intensidad las fuerzas egoístas. Los partidos cortesanos adquirieron cada día mayor influencia y la vida interna del Estado sufrió un estancamiento y hasta un retroceso. Mas adelante volveremos á tratar de estos sucesos.

Poco después quedó resuelta la cuestión de la dignidad real, por largo tiempo aplazada, pero nunca echada en olvido.

Ningún resultado habían producido hasta entonces las negociaciones seguidas en Viena, y entretanto las relaciones entre ambas cortes habían revestido temporalmente cierto

carácter de tirantez, sobre todo cuando con ocasión de la lucha que entonces estalló por la sucesión de la extinguida casa de Mecklemburgo-Gustrow (1695) el elector Federico III, unido á Suecia (Bremen) y á la casa de Brunswick, se encargó de resolver la contienda en nombre del círculo de la baja Sajonia y rechazó hasta apelando á la violencia la tentativa del emperador de poner provisionalmente en sequestro el territorio litigioso. El embajador brandeburgués en Viena, Nicolás de Danckelmann, á quien por causa de estos acontecimientos se le prohibió la entrada en la corte, fué llamado á Berlín en mayo de 1697, con lo cual se renun-

ciaba, al parecer, á la esperanza de obtener del emperador el consentimiento para el logro de la dignidad real.

En efecto, desde aquel momento y durante un año quedaron en suspenso las negociaciones entabladas; pero ¿cómo era posible que Federico III desistiese de realizar su plan favorito ni que la corte imperial prescindiese para siempre de la amistad de Brandeburgo, para ella imprescindible? De aquí que en mayo de 1698 se anudasen desde Berlín las relaciones diplomáticas y se enviase á Viena un nuevo embajador, Federico Cristian Bartholdi. Mas como, una vez fracasada la primera tentativa, parecía prudente no precipitar los sucesos y no exponerse á una segunda negativa, Bartholdi avanzó lentamente y con grandes precauciones, y echando á volar accidentalmente la especie de que el elector había renunciado á su proyecto, esperó á que se presentase una ocasión favorable.

Este proyecto seguía siendo esencialmente asunto personal del elector Federico: de sus consejeros únicamente el sucesor de Danckelmann, Kolbe de Wartemberg, prohibió con entusiasmo á fin de asegurarse el favor del soberano que tanto afán tenía por ceñir la corona, pues los demás, cuando eran preguntados, contestaban presentando algunas dudas y no ocultaban sus temores. La solicitud del favor de la corte imperial no entraba en el orden de ideas de los viejos hombres de Estado educados en la escuela del gran Elector. En un dictámen de 1699 declaraba Pablo de Fuchs que lo que en realidad importaba era mas que la corona el poder real de hecho, es decir, «tener en todo tiempo en pie de guerra un buen ejército bien disciplinado y aguerrido, dinero en el tesoro y un sabio consejo en el gabinete.» El consejero secreto, Ilgen, formuló la pregunta de si podría inducirse á los Estamentos del ducado de Prusia á tomar la iniciativa y á pedir por su parte la erección del ducado en reino (1). Bartholdi opinaba que lo mas sencillo sería quizás que el elector, sin consultar con nadie y por su propia autoridad, se declarase rey y luego negociase con el emperador y con los Estados del Imperio el reconocimiento del hecho consumado. No aceptó el elector ninguno de estos pensamientos, pero tampoco desistió de su propio plan, determinándose en definitiva una sola cosa, á saber: que la dignidad real solicitada no había de tener por fundamento la Marca de Brandeburgo ni menos los territorios imperiales del elector, sino la posesión del ducado de Prusia que era de su absoluta soberanía y se hallaba exenta de todo vínculo feudal. «Si acepto la dignidad real por mis territorios de Brandeburgo — decía el elector, — no seré un rey soberano, sino un rey feudal.» Mas á pesar de esto consideró indispensable la inteligencia con la corte imperial y se dispuso á entablar de nuevo formalmente negociaciones en Viena, siendo detalle muy digno de notarse que los consejeros en cuyas manos puso en definitiva la dirección del asunto, Wartemberg y Bartholdi, se hicieron entregar una declaración escrita en la cual se les relevaba de antemano de toda responsabilidad por cualesquiera consecuencias funestas que pudieran sobrevenir (2).

Si los políticos que rodeaban á Federico III no le alentaron mucho en su empresa (3), en cambio otros elementos le apoyaron resueltamente.

Pocos años antes, un escritor católico, anónimo y bastante

(1) Waddington, pág. 99, donde pueden verse los correspondientes dictámenes de Ilgen y de Bartholdi. Al mencionado dictámen de Fuchs corresponden las notas marginales autógrafas de Federico III, que aparecen insertas en la citada obra, pág. 405.

(2) Waddington, pág. 103: además de los dos mencionados, también se confió la negociación de este asunto al conde Alejandro de Dohna.

(3) También Ilgen, en su memoria sobre la «adquisición de la dignidad real», escrita en 1704 (Lehmann, tomo I, pág. 548), dice: «Cier-

hábil, había expresado en la Marca su odio implacable contra la casa protestante de los Hohenzollern en la tan discutida falsificación de la llamada «profecía de Lehnin», en la cual un supuesto monje Herman de Lehnin predecía allá por los años de 1300 la extinción, dentro de pocas generaciones, de la casa de Hohenzollern y el reingreso de la Marca de Brandeburgo en la Iglesia católica (4). A la sazón, por el contrario, muchos ilustres dignatarios de la religión católica eran los mas ardientes defensores del proyecto que acariciaba el ambicioso príncipe Hohenzollern, y la curia romana se interesaba, como es de suponer, por la erección de un reino de Prusia.

Ya se comprenderá que los católicos al prestar estos servicios al elector hacíanlo con la esperanza de que la Iglesia había de reportar grandes beneficios. Los trabajos de propaganda hacíanse en toda la línea; el elector Federico Augusto de Sajonia había abjurado del protestantismo por causa de la corona de Polonia: esto sentado, ¿no podía explotarse el ardiente deseo del brandeburgués de poseer una corona para inducirle á él y á su familia á convertirse al catolicismo y para abrir á la Iglesia católica el camino por donde volver á penetrar en la Marca de Brandeburgo y en el territorio de la orden teutónica? Para la erección de un nuevo reino, después del consentimiento del emperador, no había autoridad mas solemne que la de la sede pontificia; pero, como era natural, no debía esperarse su apoyo sino á cambio de concesiones religiosas proporcionadas. La curia romana no podía aceptar el padrino del nuevo reino prusiano sino mediando garantías que aseguraran al catolicismo triunfos inmediatos ó futuros, y en este sentido no tuvo reparo alguno en ofrecer secretamente sus servicios á la corte de Berlín.

El instrumento mas importante de que se valió para ello fué el astuto jesuita italiano, Carlos Maurício Vota, que como confesor del rey Juan Sobieski había alcanzado gran influencia en la corte de Varsovia y desde allí, y como hábil diplomático eclesiástico, había empleado su actividad en servicio de la Iglesia militante en los países del Norte. Así había entrado en relaciones con la corte brandeburguesa y desde el año de 1690 poseemos su correspondencia con el elector Federico III (5), á quien con su influencia en la corte y en la Dieta de Polonia prestó en algunas ocasiones buenos servicios políticos que el elector, á su vez, recompensó concediéndole desde 1698 una pensión fija.

Aquel padre, perfectamente iniciado en las cosas del mundo y de la corte y á quien no faltaban ni talento ni conocimientos, granjeóse especialmente las simpatías de la electora Sofía Carlota, ávida siempre de estímulos espirituales, último retoño de aquella educación laica franco-holandesa ilustrada y casi pudiera decirse sin creencias, característica de las hembras de la casa palatina, cuyas representantes eran la duquesa Sofía en la corte de Hannover y á la sazón su hija en la de Berlín. Sofía Carlota y su esposo gustaron evidentemente del trato de aquel jesuita elocuente y perspicaz; y así como discutían con Leibniz los mas profundos problemas filosóficos á la par que la cuestión de la unión de las iglesias, con el radical librepensador inglés Toland los más atrevidos principios materialistas y con el piadoso Spener los mas delicados misterios de la fe, del mismo modo penetra-

tamente V. M. habría podido obtener de sus ministros los mejores y mas frecuentes servicios en empresa tan grande y tan difícil, pero en verdad puede decirse que en ella abandonaron á V. M. por completo.»

(4) Hilgenfeld: *La Profecía de Lehnin sobre la marca de Brandeburgo*, Leipzig, 1875; Sabell: *La literatura de la llamada profecía de Lehnin*, Heilbronn, 1879; Sello: *Materiales de Lehnin sobre la historia de los conventos*, etc., Berlín, 1881.

(5) M. Lehmann: *Prusia y la Iglesia católica*, tomo I, pág. 447.

ban con Vota en las cuestiones filosóficas y religiosas de la índole mas diversa. Cierta que se disputaba acerca de la presencia del apóstol San Pedro en Roma, del origen del primado pontificio y de otros puntos de controversia importantes, pero á propósito de todo ello se hablaba también de las relaciones existentes entre las diversas religiones cristianas y se presentaban ocasiones frecuentes de tocar asimismo el tema del cambio de religión. Con todo esto pudo muy bien suceder que los dos esposos, completamente seguros de sí mismos, jugaran algo con fuego y despertaran risueñas esperanzas en el ánimo del jesuita, inclinado por su profesión á ideas de proselitismo. En cierta ocasión díjole Federico III que si alguna vez le entraban deseos de hacerse católico, á nadie otorgaría con mayor placer que al padre Vota el honor de convertirle (1), manifestación de evidente sabor burocrático no menos que las demás hechas por Sofía Carlota, fundado en las cuales afirmó posteriormente Vota que esta princesa había sido en el fondo buena católica.

Mas ¿cómo podían ser sinceras estas manifestaciones cuando se hacía depender la conversión de la erección del reino de Prusia y de su reconocimiento por el Papa?

En este sentido movíanse, en realidad, las ideas prácticas de Vota. No discutiremos la certeza con que mas adelante aseguraba éste que á su impulso se debía el plan adoptado por el elector de ceñir la corona real: ¿qué razones hay para dar crédito á esta afirmación cuando se explica del modo mas natural del mundo que Federico III lo concibiera sin inspiración de nadie y cuando las gestiones de Vota no aparecen hasta el último período del asunto? Lo único cierto es que en aquella época se nos presenta como el mas ardiente defensor del proyecto, y de ello son buena prueba las detalladas memorias y cartas que de él poseemos. En una memoria minuciosa y hábilmente escrita (octubre de 1700) explica por un lado las ventajas que reportaría el que la fundación del nuevo reino se hiciera con aprobación del Papa, y señalaba, por otro, las condiciones católicas que para ello debían imponerse. No se debía exigir una conversión brusca, para que no pudiese decirse de Federico III lo que en otro tiempo se había dicho de Enrique IV, ó sea, que había comprado la corona por una misa; no debía tampoco tratarse de catequización ni de sumisión, sino simplemente de unir nuevamente las iglesias separadas bajo su verdadero pastor; y como base de inteligencia aceptable por ambas partes ofrecíase naturalmente el consenso general cristiano en lo que se refería á los cuatro primeros siglos de la Iglesia. Las ideas de Jorge Calixto, que tan buenos servicios habían prestado en mas de una conversión, volvieron á entrar en campaña y de nuevo se dijo con aquel: «Que los mismos protestantes convenían en que la Iglesia en aquellos tiempos se había mantenido pura é incorrupta.» En cuanto á garantías de que la conversión no significara merma alguna en el poder absoluto del nuevo rey, éranlo suficientes los ejemplos de Francia y de Venecia, Estados en los cuales, á pesar de su perfecto catolicismo, el poder público celoso de sus derechos rechazaba toda intrusión del elemento eclesiástico en la esfera de su acción. El Papa no debería hacer gran hincapié en la devoción de los bienes eclesiásticos secularizados, y la legislación pública podría, como sucedía en otros territorios católicos, oponerse á todo aumento de la propiedad de las manos muertas y á la excesiva abundancia de iglesias y conventos, etc., etc.

Como se ve, el jesuita conocía muy bien su oficio; desgraciadamente no se sabe al presente hasta qué punto su

(1) Relación del embajador inglés Stepney en una carta á Vota, de 23 de junio de 1698, inserta en Waddington, pág. 234.

proceder estaba autorizado por la curia romana, aun cuando parece muy inverosímil que obrara sin superior autorización. Al mismo tiempo que él y por encargo directo de la curia trabajaba otro sacerdote católico de elevada categoría: era éste Andrés Crisóstomo Zaluski, obispo de Ermelandia, prelado muy respetado en Prusia y en Polonia, que trataba de encargarse de la obra de conversión, considerándola como misión que á él mas que á ningún otro correspondía. Este prelado no vaciló en emprender un viaje á Roma para obtener del Papa los necesarios poderes, y de aquella ciudad regresó, en efecto, con un breve de Inocencio XII en el cual con veladas frases se hablaba de los admirables sentimientos del «consabido príncipe» (*magni illius principis*) y aludiendo á las instrucciones verbales se manifestaba la esperanza de que en breve podría el Papa demostrar al elector su benevolencia de una manera satisfactoria (*uberius declarare*) (2). Zaluski presentó indudablemente en Roma el asunto con grandes probabilidades de éxito, merced á lo cual obtuvo los poderes necesarios, y no dejó de mostrar al elector el breve pontificio, al cual añadió, como si estuviese plenamente seguro de salir bien de su empeño, el borrador de una carta de contestación en la que se consignaba el completo acuerdo con los deseos expresados por el obispo (3). Era este un procedimiento torpe que naturalmente había de hacer comprender á Federico III la existencia de planes secretos que no estaba en modo alguno dispuesto á aceptar: por esto contestó á la carta del obispo en términos generales, y el padre Vota lamentóse despues amargamente de que la obra por él tan hábilmente comenzada y tan próxima á terminarse hubiese fracasado por la torpe intervención de Zaluski, que había querido apropiarse la cosecha cuando había llegado ya á su período de madurez.

En realidad, ambos sacerdotes padecieron una equivocación lamentable: no existe prueba fidedigna alguna de que Federico III pensara seriamente en comprar con su conversión el consentimiento de la curia pontificia para su coronación. Estaba dispuesto á hacer algun sacrificio á trueque de ver realizado el fin que tanto deseaba, pero nunca fué su intención sacrificar sus creencias protestantes y abrir las puertas de su país á una campaña de recatolización emprendida por la propaganda romana. Lo que no se sabe á ciencia cierta es hasta qué punto consideró lícito dejar ancho campo á las esperanzas de Vota y de Zaluski, para no verse privado de los importantes servicios que éstos podían prestarle y que ciertamente no fueron de escasa monta.

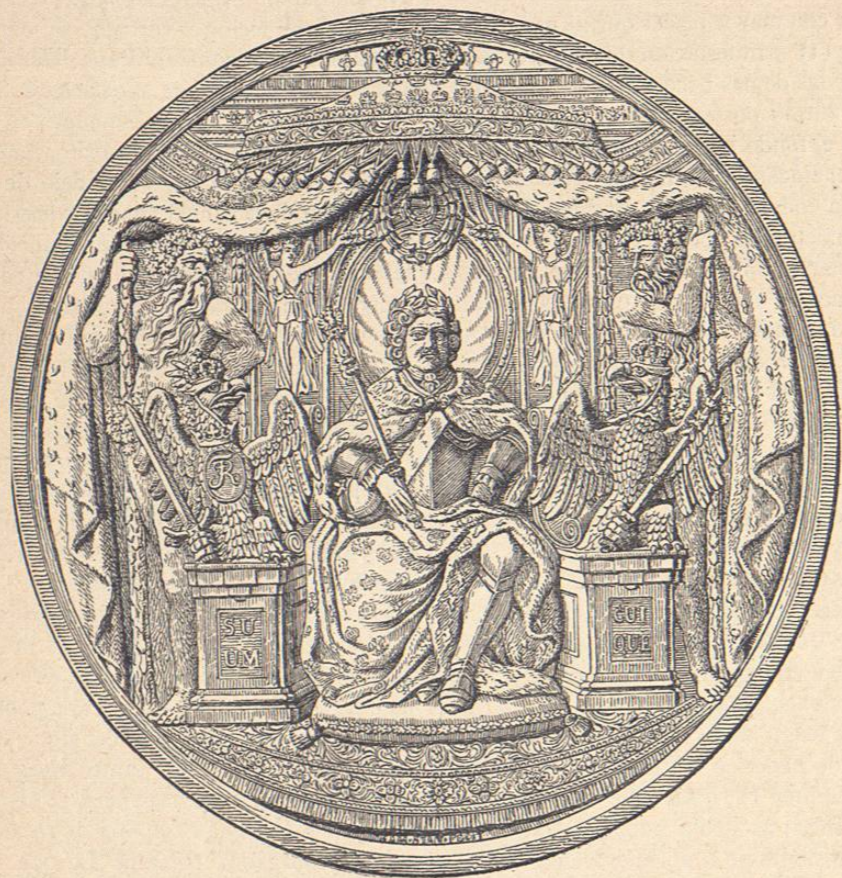
El padre Vota especialmente trabajó con gran celo, y no sin éxito, para allanar las dificultades que en Polonia se oponían al proyecto prusiano de elevar el ducado á reino, pues aun cuando el rey Federico Augusto, necesitado de la amistad de su vecino, el de Prusia, para la realización de sus planes en el Norte, pudo dar fácilmente su consentimiento á aquel proyecto, los magnates polacos, en su orgullo, consideraban intolerable que pudiera erigirse un «reino de Prusia» en sus fronteras y enfrente de la provincia polaca de la Prusia occidental. Vota se mostró infatigable en inventar expedientes que pudieran salvar todos los obstáculos. ¿No se llamaba, por ventura, Luis XIV rey de Navarra á pesar de no poseer todo el territorio de este nombre? Era sin embargo preferible buscar otro título, y propuso á este efecto el de *Rex Vandalorum*, título glorioso (*qui est si beau et remplit si*

(2) Breve del papa Inocencio XII al obispo de Ermelandia fechado en Roma á 5 de mayo de 1700, inserto en Lehmann, tomo I, pág. 459. El papa Inocencio XII falleció poco despues (setiembre de 1700), pero su sucesor Clemente XI estaba dispuesto á continuar aquellas negociaciones.

(3) Lehmann, tomo I, pág. 506.

bien l'imagination) (1), según él decía, dando muestras de rara erudición histórica, cuando se piensa en los territorios que en otro tiempo poseyeron los vándalos en Alemania, Francia, España y hasta en África: cierto que lo ostentaba también la corona de Suecia, pero ésta no podía oponer ninguna objeción porque asimismo lo llevaba Dinamarca, la cual tampoco tenía nada que objetar porque Suecia lo llevaba también; y el elector de Brandeburgo poseía, como aquellas naciones, una gran parte del antiguo territorio de los wendos ó vándalos. Menos confusa resulta su otra proposición de elegir el título de *Rex Borussiae septentrionalis*. Hubo al

mismo tiempo alguien que propuso el de *Rex Brandenburgicus in Prussia* (2) que Federico III no podía aceptar porque afectaba á sus territorios imperiales. Toda esta cuestión del título no tenía mas objeto que vencer las susceptibilidades polacas, y en ella desplegó Vota una actividad provechosa, conviniéndose por fin en la fórmula de *in Borussia Rex*, «rey de Prusia», que correspondía al título de «duque de Prusia» (3) hasta entonces oficial. En cambio no encontramos en parte alguna el mas leve indicio de que se discutieran seriamente las proposiciones de la memoria de Vota relativas á la conversión religiosa. Federico III utilizó y aun pagó



Sello del trono del rey Federico I de Prusia

De una prueba existente en el Real Archivo secreto del Estado, de Berlín

los servicios del jesuita, el cual habría recibido de buena gana el capelo cardenalicio y contaba para ello en Viena con la intercesión del elector, pero sus manifestaciones respecto del cambio de religión y de la reforma de la Iglesia no fueron seguramente tomadas en serio.

Lo propio sucedió con los esfuerzos de otro jesuita que en Viena trabajó con celo y con éxito en pro de la causa de la corona real prusiana, el baron Federico de Ludinghausen, llamado Wolff, jesuita muy considerado en la corte imperial y personalmente muy estimado por Leopoldo I, fundador de la universidad jesuítica Leopoldina de Breslau y muy conocido también en la corte de Berlín desde los últimos tiempos

(1) Lehmann, tomo I, pág. 463.

(2) Waddington, página 186.

(3) Es de notar, por lo demás, que en el estilo diplomático de aquella época y aun de mucho después empleóse igual fórmula en otros puntos en los cuales no puede significar una posesión parcial, como por ejemplo rey de Francia, rey de Hungría y Bohemia, rey de Dinamarca, duque de Austria, etc. Véase E. Berner: *La constitución doméstica de los Hohenzollern* (Sybel: *Revista histórica*, LII, pág. 92).

del gran Elector (4). Una simple casualidad, una palabra convencional de un despacho erróneamente interpretada (5), fué causa de que Federico III solicitara el auxilio de este hombre para que gestionase en Viena el asunto que tanto le interesaba; pero esta casualidad tuvo para él las mas favorables consecuencias. Al padre Wolff se le consideraba incapaz de venderse por dinero, pero en cuanto el elector, por la equivocación referida, dirigióse á él para que le ayudase, accedió con la mejor voluntad á los deseos del príncipe de Brandeburgo. Es indudable que sus gestiones cerca del emperador Leopoldo I contribuyeron esencialmente á vencer los escrúpulos que en este timorato soberano despertaba el hecho de que un hereje protestante se ciñera la corona real. «Lo que ningún ministro puede atreverse á hacer — escribe desde Viena el embajador Bartholdi, — ó sea apremiar al emperador, puede

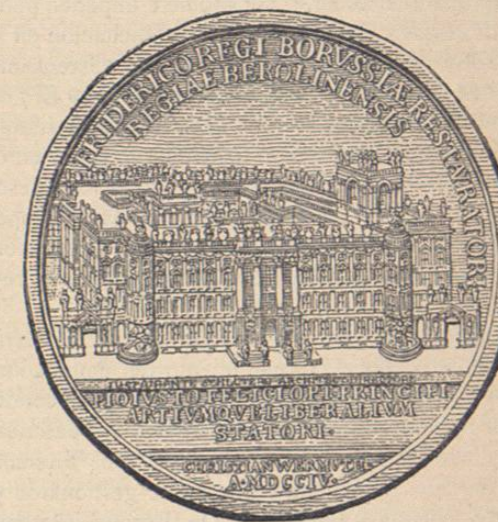
(4) Había intervenido en el asunto del conocido compromiso del elector Federico relativo á Schwiebus, y por su mediación fueron entregados á éste los 10,000 ducados que después de firmada la reserva recibió del emperador. Véase pág. 268. Pribram, pág. 142.

(5) Lehmann, tomo I, pág. 373; Waddington, pág. 104.

intentarlo el padre Wolff, porque él es el único, por lo mismo que no trata de acumular riquezas, que está á cubierto de toda sospecha de segunda intención egoísta (1). ¿Era verdad que el jesuita no llevaba segunda intención? Suponerla sería inferir una injusticia á quien como él pasaba, y con razón, por uno de los mas ilustres individuos de su orden. Lo que puede decirse con certeza es que quizás era el mas listo de los tres sacerdotes católicos que en el asunto intervinieron, y en vez de proceder torpemente como Vota y Zaluski contaba siempre con el porvenir. Comprendiendo la inminencia de una gran lucha próxima por la sucesión de España, reconoció la necesidad de una estrecha unión política entre Brandeburgo y la casa de Austria. El emperador debía hacer, en gracia de ella, el sacrificio del reconocimiento de la corona de Brandeburgo, á cambio del cual se establecería entre Austria y

la nueva casa real prusiana la mas estrecha unión familiar y política. El padre Wolff proyectaba como coronamiento de su obra el matrimonio del príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo, con una archiduquesa austriaca: una reina católica en el trono prusiano era un punto de partida del cual podían sacarse grandes consecuencias (2). Negoció este proyecto personalmente, después de la coronación, así en Viena, donde habló de él con el embajador Bartholdi, como en Berlín; pero su plan resultó irrealizable, pues el berlinés no quiso hacer la menor concesión que permitiera cifrar en ella ulteriores esperanzas.

Si se examina el curso de todos estos trabajos de los católicos en pro de la monarquía prusiana, no es posible negarles cierta importancia secundaria, pero tampoco hay que exagerar su eficacia. Las gestiones personales de Vota cerca de



Medalla con el busto del rey Federico I. Plata. Tamaño del original (3)

Federico III y de Sofia Carlota no merecen en el fondo mas calificación que la de experimentos fracasados de un jesuita cortesano y de salon: lo que hizo en Polonia en pro de la causa por él abrazada fué oportuno y útil, pero de valor no mas que secundario para la verdadera solución definitiva. Federico III tenía en Varsovia otros auxiliares que favorecían sus deseos, entre ellos el cardenal Radziejowski, que como arzobispo de Gnesen y primado de Polonia era un voto de gran importancia, y el influyente vaivoda de Mariemburgo, Przebendowski, que habia desempeñado también un papel importante cuando la elección de Federico Augusto de Sajonia. El episodio de las tentativas de Zaluski, en las cuales solo aparece probada una cooperación de la curia romana, en la práctica no tuvo valor alguno. Lo que mas influyó de hecho en el curso del asunto fueron los servicios improvisados del padre Wolff en Viena, pero ya se comprenderá que en esta fase del negocio concurren otros incidentes de cuya resolución dependía el verdadero resultado de la negociación.

El emperador Leopoldo opuso durante largo tiempo una tenaz resistencia á los vehementes deseos del brandeburgués: escrúpulos religiosos por un lado y el instinto político por

otro hacíanle considerar aquella cuestión como peligrosa en alto grado. Pero el embajador Bartholdi consiguió atraer á su causa á los dos ministros mas influyentes, Kaunitz y Harrach, y unido á ellos y al padre Wolff impulsó en Viena el asunto de cuya solución todo dependía (4). El proyecto fué avanzando aunque lentamente. La corte de Viena no dejaba de comprender que el auxilio del ejército brandeburgués podía ser indispensable ante las contingencias de la guerra de sucesión de España y que este auxilio no podría obtenerse sin la concesión de la real corona; pero como aun vivía el monarca español Carlos II, creyóse que podía aplazarse por algun tiempo aquella solución, de tan mala gana aceptada. Así las cosas, llegó á Viena una noticia que puso de ma-

(3) Anverso: Busto con coraza y corona de laurel; en mayúsculas la inscripción D. G. FRIDERIC; REX BORVSS. M. BR. S. R. I. A. C. ET ELECTOR; en la parte inferior, el nombre del grabador del sello C. Wermuth. Reverso: El palacio de Berlín tomado á vista de pájaro desde la plaza del palacio, tal como lo presentaba el proyecto de Schluter para la notable reconstrucción del edificio. Los antiguos cuerpitos salientes circulares debían tener en su parte baja surtidores (leones y figuras humanas arrojando agua). El cuerpo saliente de la fachada Oeste fué derribado cuando Cosander prolongó la fachada principal: en el borde que hay sobre el exergo se lee INSTAVRANTE SCHLUTERO ARCHITECT. DIRECTORE. Este es el único monumento que lleva el nombre de ese famoso arquitecto y escultor. La leyenda del reverso es: FRIDERICO REGI BORVSSIAE RESTAVRATORI REGIAE BEROLINENSIS; y el exergo: PIO IVSTO FELICI OPT. PRINCIPI ARTIVMQUE LIBERALIVM STATORI. Debajo el nombre del artista Cristian Wermuth y la fecha A. MDCCIV. (Julio Friedlaender). Real monetario de Berlín.

(4) Pribram, pág. 144.

(1) Relacion de Bartholdi de 5 de marzo de 1700, inserta en Waddington, pág. 107.

(2) Relacion de Bartholdi de 17 de diciembre de 1701, en la cual está compendiada la historia de los esfuerzos y trabajos realizados por el padre Wolff (Waddington, pág. 354); Bartholdi señala como fin supremo de estos esfuerzos «la esperanza de convertir al marido por medio de la mujer.»